

» entrevista a

ANA FALÚ



DE ESTA PRESENTACIÓN

→

Ana Falú es una arquitecta argentina, docente, investigadora; activista social por los derechos humanos y los derechos de las mujeres. Su vasta formación y experiencia profesional y académica se traduce en los distintos campos de especialización por los que transita: políticas habitacionales, hábitat y territorios; planificación, diseño y evaluación de programas de desarrollo; género en políticas, hábitat, territorios y violencias urbanas.

Su conferencia magistral *Ciudades feministas: conceptos y abordajes* inauguró el primer semestre académico en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU).

Como es habitual con cada conferencista inaugural, Ana Falú visitó y recorrió el Museo Casa Vilamajó, donde fue entrevistada por las docentes Lorena Logiuratto y Lucía Fernández, en marzo de 2023.

La presencia de Ana Falú en la FADU se da en el marco del ciclo de actividades de *FADU feminista* que exhibió, en distintos espacios de la facultad durante el mes de marzo de 2023, trabajos académicos realizados con perspectiva de género.

*

Producción general:
Servicio de Comunicación
y Publicaciones
Fotografía: Andrea Sellanes
Corrección: Rosanna Peveroni



ESCALA FEMINISTA

Ana Falú es una arquitecta argentina, activista social por los derechos humanos y los derechos de las mujeres. Es egresada de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Tucumán y doctora por la Facultad de Arquitectura de la Universidad Tecnológica de Delft, Holanda. En la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina) es docente, investigadora, profesora emérita y directora de la Maestría de Gestión y Desarrollo Habitacional.

Coordina el Núcleo de Género UN Hábitat de Universidades Internacionales y es asesora en género de la Confederación de Gobiernos Locales Unidos del Mundo. Fundó y dirige CISCESA, organización no gubernamental en Córdoba, Argentina, que contribuye al fortalecimiento de las voces y organizaciones de mujeres.

Fue directora del Instituto de Investigación de Vivienda y Hábitat (UNC) y directora regional de UNIFEM (hoy ONU Mujeres) para la región andina y para Brasil y países del Cono Sur.

Ha participado en congresos y seminarios como ponente e integrado múltiples jurados de evaluación y formación de trabajos académicos de grado y de posgrado. Ha sido premiada y reconocida por su labor. En 2016 fue nombrada una de las 200 personas expertas en el mundo para la contribución a los Documentos Políticos de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sustentable.

Es autora y coautora de múltiples libros, capítulos de libros y artículos publicados en revistas científicas nacionales e internacionales. Entre sus últimas producciones se destacan *La ciudadanía de las mujeres en las*

democracias de las Américas (Comisión Interamericana de Mujeres, 2013), *Women in the City on Violence and Rights* (2009) y, junto con Marisa Carmona y Eliana Muga, *Bordes e intersticios urbanos. Impacto de la globalización* (2007).

La vasta formación y experiencia profesional y académica de Ana Falú se traduce en los distintos campos de especialización por los que transita: políticas habitacionales, hábitat y territorios; planificación, diseño y evaluación de programas de desarrollo; género en políticas, hábitat, territorios y violencias urbanas. En el campo de la acción feminista impulsó numerosas iniciativas institucionales y contribuyó desde el inicio a instalar los derechos de las mujeres a la ciudad, a la vivienda y al hábitat.



«El tema de las violencias se explica en el patriarcado, y también en el neoliberalismo, en el racismo, en las homofobias, en todas las versiones que tienen que ver con la mirada de la otra o del otro como distinto, como diferente y en la que se pone el valor en lo igual: lo que es igual a mí, está bien»

Gracias, Ana, por tu presencia hoy aquí. Una presencia que nos llevó a encontrarnos nuevamente después de la última vez, en 2018. Y nos llevó a encontrarnos nuevamente con Lorena para reflexionar sobre nuestras cuestiones cotidianas y sobre lo que en especial nos ha afectado a las mujeres durante la pandemia y después. LF

Queremos conversar contigo no en la lógica de pregunta-respuesta, porque hay preguntas que no tienen una respuesta y porque son en realidad lugares de debate, abiertos, en construcción. LG

Sí, son respuestas que estamos construyendo. Esto que decías, Lucía, me hizo pensar inmediatamente en el concepto del feminismo: lo personal es político. Cómo este potente concepto que se construye desde el feminismo es toda una elaboración teórica que busca interpelar los roles de las mujeres. Cuando nosotras nos sentamos a hablar de nosotras en las instituciones aparece esto con muchísima fuerza; cuán subvaluadas estamos. Esta obra que estamos recorriendo [el Museo Casa Vilamajó] provoca emociones profundas, la sensibilidad de cada detalle, de cada diseño, desde la implantación en el terreno hasta el trabajo de los espacios. Pero no se habla mucho de dónde están los cuerpos y las mujeres en esta casa, pareciera que la habitó sólo un hombre. Este es mi primer balance al recorrer la casa. Seguramente fue pensada desde él y para su vida social, porque no hay espacios privados de él o de las mujeres en esta casa.

Es muy interesante, cuando vinculamos el concepto de que lo personal es político, cómo podemos deconstruir, desarmar tramas construidas en la episteme patriarcal. Es así y a veces nos cuesta verlo. Cuando pensamos en alguien para un cargo de decisión, díganme si ustedes no piensan primero en un nombre de varón. Cuesta poner por delante del nombre de varón el nombre de una mujer con una trayectoria similar o incluso más meritoria.

El primer bloque que tenemos para conversar contigo tiene que ver con lo construido sobre qué cosa es la violencia de género, por lo pronto e institucionalmente, desde principios de los noventa, aunque viene de mucho antes. La violencia de género no para de crecer en dimensiones: de la violencia física pasamos a descubrir las violencias simbólicas, las emocionales y las cotidianas que no se enmarcan en hechos concretos pero atraviesan el cuerpo. Con esto se carga y se vive la vida. Uruguay ha avanzado mucho en legislación, pero... LG

... ¿será que va por ahí la solución? Yo tengo mis dudas.

Uruguay está en el mismo escalón que México y Honduras en violencia física. ¿Cómo ves el estado de la cuestión de esta trama de violencias que experimentan todos los cuerpos? LG

No me animo a decir que tenga una respuesta porque lo que preguntás es muy amplio, abarcativo. Tenemos la convención de Belém do Pará, del año noventa y cuatro, que es la nuestra, la latinoamericana, la que impulsamos en el marco de una Organización de Estados Americanos progresista. A mi juicio es la mejor y tienen validez las definiciones de violencias. Además, incorpora todas las violencias que has nombrado: violencias económicas, psicológicas, las de las condiciones situadas en los territorios como los espacios institucionales. Hay mucho para trabajar con este documento, que es de consenso de los gobiernos y de los estados que hacen a las instituciones multilaterales. Que no son entelequias, porque la gente cree «¡Ah!, ¡las Naciones Unidas!, ¡ah!, ¡la OEA!». Son decisiones de nuestros estados participantes.

Yo les diría que para esa definición de la complejidad sobre las violencias, dicho así en plural, es muy interesante visitar la convención de Belém do Pará. Creo que, desde el feminismo, hemos avanzado muchísimo en la reflexión sobre las violencias. Sabemos que esto demanda diversas entradas analíticas porque una

sola de ellas no las explica. Tenemos que ampliar la concepción y la mirada sobre el tema. Cuando hablamos de las violencias, a mí me gusta mucho decir cómo nosotras, arquitectas, urbanistas, diseñadoras, queremos mirar y trabajar este tema desde nuestras disciplinas. Están las psicólogas, las sociólogas, las abogadas, que son muy legalistas —y lo bien que hacen— pero se afianzan en el campo del derecho que luego muchas otras feministas van a interpelar. Marta Lamas tiene unos escritos excelentes en contra de esta mirada sólo punitivista. El marco del derecho y las leyes nos ha permitido poner el tema en lo público, pero el punitivismo sólo no alcanza.

Me gusta mucho lo que dice Rita Segato; adhiero al pensamiento que reflexiona profundamente en las violencias, que dice cosas que a algunos sectores pueden molestarles. El tema de las violencias no es contra los varones. El tema de las violencias se explica en el patriarcado, y también en el neoliberalismo, en el racismo, en las homofobias, en todas las versiones que tienen que ver con la mirada de la otra o del otro como distinto, como diferente y en la que se pone el valor en lo igual: lo que es igual a mí está bien, lo que es distinto a mí tiene que ser mirado con desconfianza, se pone en sospecha. Rita hace unas elaboraciones muy interesantes porque ella trata de explicar las violencias crecientes. Siempre hubo violencias contra las mujeres; desde la modernidad a acá, aún mucho más, creo. Ahora hay unas violencias «renovadas», encarnizadas. Rita está diciendo que es el varón el que tiene que ponerse en valor frente a los otros varones, en un mundo que también los devalúa.

Dicho todo esto, creo que nosotras como arquitectas, urbanistas, diseñadoras tenemos que mirar el espacio desde el urbanismo, desde la arquitectura, desde donde la arquitectura de la modernidad ubicó a las mujeres, cómo reafirmó y fortaleció el concepto de la división sexual del trabajo y puso a las mujeres alejadas del mundo productivo. Tenemos que trabajar esa escala en donde nos han ubicado por ser las cuidadoras y las reproductoras de la especie, como si sólo fuésemos eso; somos eso y mucho más, basta mirar alrededor de una. Tenemos que ver cómo la arquitectura y el urbanismo de la utopía de la modernidad nos han ubicado a las mujeres en la casa, en el barrio, en la ciudad, en las distintas escalas de abordaje. ¿Cómo son los espacios para las mujeres que están amenazadas por la episteme patriarcal de violencias? ¿Cuán amigables son esos espacios? El diseño, la arquitectura y el urbanismo no van a dar respuesta a las violencias, pero sí pueden hacer más amigables los movimientos en la ciudad, en la casa, en el barrio. ¿Cómo son los espacios? ¿De qué manera ponemos en valor a las mujeres

«Tenemos que trabajar esa escala en donde nos han ubicado por ser las cuidadoras y las reproductoras de la especie»

y a los cuerpos disidentes en esa espacialidad? Creo que por aquí tienen que ir nuestras interrogantes.

Cuando pensamos los temas de violencias en sede espacial hay una serie de discursos que empiezan a plantearse. La propia producción espacial, tanto urbana como arquitectónica, se ve como un ámbito que genera violencia. La casa como espacio político es un lugar violento. El feminismo en clave disciplinar viene a traer un discurso removedor y revolucionario. ¿Cómo podemos decolonizar el inconsciente? ¿Cómo imaginar junto con otras relaciones otras tramas espaciales? LG

Yo diría también que hay que colonizar el consciente... creo que hay mucho escrito al respecto. Una misma ha ensayado algunas cosas. Creo que justamente de eso se trata lo que damos en llamar urbanismo feminista. Todo está en construcción. Yo diría que hay que volver a lo más básico, sencillo y posible que nos permitiese decir que hay ciudades que son más amigables para las mujeres que otras. En nuestras ciudades —y cuando digo «nuestras» digo las latinoamericanas, que son ciudades de la desigualdad, que se pone claramente en evidencia en los territorios— no es lo mismo vivir en Pocitos que vivir en los barrios de los «asentamientos informales», que de informalidad tienen poco porque son producción social del hábitat y de la propia gente.

Como decía Jorge di Paula. LF

Como decía mi querido amigo y colega Jorge di Paula. Con él hemos transitado muchos trabajos juntos. Él era un feminista. Me voy a desviar «un pelín». Él empezó en la Facultad de Arquitectura, con alguna gente como Charna Furman, los temas de género —así les decíamos en aquel momento en el que no hablábamos todavía de feminismo en la arquitectura y en el urbanismo—. Vine a Uruguay

muchísimas veces y Charna fue fantástica; con mucho impulso de Jorge en esa sociedad teórica de aproximación diferente, hizo el proyecto Mujefa. ¿Qué era Mujefa? Era propiciar lugares de vivienda con un concepto de densificación en áreas consolidadas de la ciudad, con una articulación virtuosa de actores: las madres o las señoras que se organizaban en la Ciudad Vieja a través de lugares de cuidado infantil, en general, mujeres solas a cargo de sus hijos; una arquitecta que trabajaba en vinculación con otros profesionales en una búsqueda diferente de dar respuesta; un municipio que se comprometió con un proyecto y que puso recursos. Aquí tenemos un ejemplo de cómo sacar de situaciones de violencia estructural —falta de vivienda, falta de cobijo seguro— a un grupo de madres únicas responsables de sus hogares y a cargo de dependientes, y se genera una propuesta proyectual que le da contenido y respuesta a esa violencia estructural que está cortada por un signo de clase, de pobreza, de ingreso, etcétera, porque las mujeres están más que los varones en el mercado informal, porque tienen menos posibilidades de crédito, porque tienen más carga de responsabilidad, y podríamos seguir.

Si vamos a una ciudad compacta de Europa, no sólo está el elemento de la riqueza y el desarrollo, porque hoy en día las ciudades europeas también encierran desigualdades...

... también tienen periferias. LF

Y también tienen, como dice Saskia Sassen, bordes internos en la ciudad, áreas de pobreza, de hacinamiento. ¿Qué pasó en la pandemia? Pasó que se murió la gente que vivía en condiciones de hacinamiento; no fue la densidad lo que trajo aparejado mayor casuística de defunciones. Fue el hacinamiento. En la rica ciudad de Nueva York, muy poquitos murieron en Manhattan y muchos en el Bronx, donde estaban hacinados latinos, negros y negras; en lugares como este o como la Villa 31 en Buenos Aires, por ejemplo, es donde se dieron los valores más altos.

Vuelvo al concepto: las violencias tienen múltiples entradas analíticas; desde nuestra profesión en la arquitectura, el urbanismo o el diseño tenemos que mirar las violencias en sus distintas escalas —que se vinculan, se solapan, no son escindidas— y ver dónde y cómo podemos contribuir para dar respuestas. Vos hablaste [Lorena] de la transformación del mundo simbólico. Ese mundo simbólico también

está en cómo propagandecemos esto, en cómo trabajamos en la formación con estos valores, en cómo trabajamos en la ciudad en campañas, en cómo se comprometen quienes tienen las decisiones políticas y técnicas. Tenemos un compromiso desde nuestra profesión.

Vinculado con las densidades, con las escalas, con las lógicas de multiescalaridad que vos has desarrollado muchísimo, tenemos un debate planteado, con Lucía y con otras mujeres, que tiene que ver con la ciudad del cuidado, con los ámbitos de la escala barrial, de la vida cotidiana de escala intermedia o pequeña. Vos has dicho que la clave es descentralizar, pensar la vida cotidiana, el barrio, y cuidar el tiempo de las personas. Sin embargo, la ciudad que tiene todos los servicios y equipamientos de cuidado próximos tiene una matriz europea. Nuestros territorios están extendidísimos, las densidades montevidéanas son en promedio de sesenta, setenta habitantes por hectárea. Entonces, pensar en la ciudad del cuidado en la escala de lo pequeño nos hace ruido. LG

A mí también.

**«[el tiempo] es el bien
más escaso en nuestras vidas,
en la mía, en las de ustedes»**

Las mujeres sabemos mucho de la ciudad. La peinamos, la recorremos, somos urbanistas especializadas cualquiera sea la clase social a la que pertenezcamos. Te diría que las mujeres más vulnerables tienen un conocimiento de la maquinaria urbana como de relojería. Nuestra ciudad del cuidado toma unos territorios muchísimo más grandes, lo que nos hace usar la ciudad; no tenemos la matriz europea. El discurso europeo está haciendo mucha roncha. LG

La ciudad de los quince minutos.

Si aspiramos a esa lógica europea, hay un «mientras tanto» en el que no estamos pensando. ¿Es a eso a lo que tenemos que aspirar, o al uso de la ciudad toda? LG

¿Vos, Lucía, qué decís de eso?

Con Lorena conversamos sobre esa idea del margen. «Guetizar» o la ciudad de los quince minutos, de alguna forma, margina lo que ya estaba marginado porque no permite conectar espacios o territorios de la ciudad mediante la propia movilidad. Queríamos saber tu opinión respecto de eso y cómo ves la tensión entre gueto y ahorro de tiempo o entender que la ciudad te pertenece. LF

Gracias por lo que estás compartiendo. Estamos en la misma línea de reflexión, en la misma línea de tensión sobre cómo avanzar. Necesitamos de distintos abordajes, de distintas entradas analíticas para poder avanzar. ¿Cuál es el objetivo?

Regalarles tiempo a las mujeres, cómo pueden disponer de más tiempo, que es el bien más escaso en nuestras vidas, en la mía, en las de ustedes. Es lo que nos oprime, y está vinculado con los ingresos, con la vida recreativa, con la vida amorosa... el tiempo está vinculado con todo. No podés hablar del vector tiempo sin hablar del espacio. El espacio y el tiempo son dos vectores concurrentes. Ahora digo: la ciudad de quince minutos en París, Ana Hidalgo, muy bien, aplaudo, felicito, vamos con ellos; la ciudad de quince minutos en Barcelona o en la isla, la súper manzana, Ada Colau, aplaudo, genia, porque además ella hace una opción política muy potente porque se va a los lugares donde hay más necesidad y dice «primero con las que más necesitan, tenemos que feminizar la política». Ella avanza como decisora política; tiene un equipo fabuloso que piensa la vivienda en clave feminista, que piensa los servicios en clave feminista, que piensa el espacio público en clave feminista, que piensa el transporte en clave feminista. Estas son las distintas entradas analíticas. Por otro lado, y a la preocupación que ustedes han expresado, digo que no podemos agudizar los fragmentos de la desigualdad. Sin embargo, la mujer que vive en Villa Tachito quiere poder salir y comprar lo más cerca posible, no tener que andar cargando las bolsas porque el lugar más próximo de abastecimiento está a diez o quince cuadras y los taxis y los remises no quieren entrar al barrio. Esta es la realidad cotidiana de las mujeres.

Entonces vuelvo a Caroline Moser: ¿qué es lo estratégico y cuál es la resolución de lo práctico y pragmático cotidiano en la vida de esas mujeres de carne y hueso que corporizan ese espacio? Para esas mujeres de carne y hueso que corporizan ese espacio necesitamos el centro de cuidados a distancia caminable y no un centro de cuidados cualquiera, sino un centro de cuidados integral de servicios al más alto nivel que levante las condiciones de ese lugar y el valor del atributo de la proximidad. Esto no niega —y por eso digo que no son escalas escindidas— que en la escala del barrio voy a resolver determinadas cuestiones como urbanista, como planificadora, y si estoy pensando en mujeres y varones y sus distintas demandas, tengo que pensar en la accesibilidad, en el transporte y la movilidad, porque no queremos guetizar a las mujeres. Queremos que en el barrio las mujeres tengan el lugar de cuidados próximo, con una determinada amplitud horaria, que les permita caminar, estar en una parada a cubierto, tomar un colectivo seguro y que puedan pagar, y que puedan trasladarse para trabajar. Montevideo, Buenos Aires, Rosario y Córdoba no son París. Rosario es la más compacta, es la mejor —digo yo— porque es la ciudad liberal, no es la ciudad colonial, no tiene la matriz colonial. Esto, mirado desde el urbanismo, es muy interesante. Ahí hay

una matriz liberal de la ciudad del puerto que crece compacta; sin embargo, se extiende por la fuerza del neoliberalismo, por el extractivismo urbano que sigue empujando a las poblaciones hacia afuera. ¿A quiénes empujan primero? A las mujeres, porque son las más pobres —lo dice la CEPAL, no lo digo yo—. Un tercio de esas mujeres son jefas de hogar.

Estamos trabajando con cartografías, algunas con un trabajo más ajustado de los indicadores. Sería maravilloso que pudiéramos trabajar con esto mucho más y que nos pudiéramos transferir metodologías y comparar resultados. No se sabe cómo trabajamos. ¿Cómo podríamos introducir este tema en las cátedras de urbanismo? ¿Cómo incorporamos la necesaria inclusión de la perspectiva de la diversidad, de la perspectiva de género, de la perspectiva de las mujeres? ¿Cómo trabajamos los territorios según las demandas?

Con la pandemia vimos, por lo menos, tres grandes temas que han afectado la vida de las mujeres. El primero de ellos es el económico. La mayoría se quedó sin trabajo porque la mayoría estaba en el mercado informal, y esto es peor para las más pobres. Las que trabajaban como empleadas en casas particulares quedaron sin trabajo. Y muy poca gente les mantuvo sus ingresos o, al revés, les mantuvieron los ingresos pero les exigieron trabajar en pandemia. Las mujeres quedaron encerradas en sus casas con jóvenes que pugnaban por salir, insatisfechos, con una infancia demandante, con viejos necesitados y desvalidos, con hombres que se sentían devaluados y que sacaron lo peor de ellos mismos. Crecieron las violencias adentro de esos hogares, crecieron los terrenos de disputa y de tensión. Así que, junto con lo económico, las violencias. ¡Y el cuidado! Hasta de maestras tuvieron que hacer las mujeres; mujeres que no tenían las herramientas que tenemos nosotras, que tenían que enseñar matemáticas a sus chicos siendo que ellas escasamente sabían sumar.

Les comento un estudio de la Escuela de Economía de Londres. Se trata de una investigación que tomó como objeto de estudio hogares heterosexuales de clase media, constituidos por padres y madres trabajadores y con hijos, durante la pandemia. El estudio investigó sobre cómo vivieron los espacios domésticos. Los resultados arrojaron que los hombres trabajaron en su casa en los lugares destinados para ello, fuera un escritorio, un rincón o una habitación. Las mujeres trabajaron donde pudieron: la cocina, el comedor, el dormitorio de los chicos, el dormitorio propio, y siempre fueron interrumpidas. Las mujeres trabajaron en promedio 30% menos que los varones. Esto es hablar del espacio y de cómo se divide entre varones y mujeres, pero no es solamente el espacio, y aquí viene el punto:

«Estamos interpelando fuertemente a la utopía de la modernidad»

es la responsabilidad de los roles asignados. ¿Por qué los hijos sí interrumpían a la mamá y no al papá? Nunca, en todos los encuentros virtuales que hice durante la pandemia, vi a un solo varón interrumpido por un niño.

Hay que trabajar lo relacional, la división sexual del trabajo, el cambio de cabezas patriarcales, tanto en varones como en mujeres, porque el patriarcado es una construcción que favorece al mundo masculino y que muchas mujeres ejercen.

Vos sos nuestra mentora para la construcción de una epistemología feminista en el campo del urbanismo. Sintéticamente has explicado el urbanismo feminista como el urbanismo que piensa en la gente. En una facultad de arquitectura o de diseño todos te dirán que proyectan o diseñan para la gente. Entonces te preguntamos cómo problematizamos esto, qué está en disputa y con quién. LF

Nos damos de frente con el urbanismo de la modernidad. Estamos interpelando fuertemente a la utopía de la modernidad, generada y pensada por hombres, porque las mujeres desaparecieron. Basta estudiar las mujeres de la Bauhaus; Walter Gropius estaba muy preocupado, decía: «Acá hay muchas mujeres. No sé qué hacen acá tantas mujeres». En la arquitectura y en el urbanismo no les dieron lugar, aunque las mujeres arquitectas de los hombres arquitectos, como el propio Gropius o como Alvar Aalto, fueron cabezas brillantes de la arquitectura y del urbanismo.

Hice una digresión; vuelvo. ¿Por qué interpelamos a la utopía de la modernidad? Porque la modernidad inauguró una concepción espacial patriarcal que fragmentó la ciudad en funciones productivas y domésticas. ¿Qué hacen Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, dos hombres comunistas, brillantes, comprometidos? ¿Qué proyectan? Yo viví cuatro años y medio en Brasilia. Lo cuento con una anécdota. Estaba en mi oficina de Naciones Unidas y llegó un joven arquitecto negro. Me dijo que le gustaría mucho tener mi asesoría para su tesis. Le pregunté sobre qué

era la tesis. Me dijo: «Sobre el color de Brasilia». Le dije que no sabía nada de ese tema. Me dijo: «¿Me dejás que te cuente?». Le dije que sí y me contó que estudiaba el color de la población de Brasilia y dónde se ubicaba en el espacio en la ciudad de la racionalidad y de la modernidad con los trazados de Costa y las edificaciones fabulosas de Niemeyer. ¿Saben dónde vive mayoritariamente la población negra? Vive en las ciudades satélites. Todo esto para decir que hay que conocer para quiénes proyectamos. El urbanismo de la modernidad ha proyectado para el hombre blanco, joven, productivo y heterosexual. Ha dejado a la mayoría de los varones afuera, y a casi todas las mujeres y cuerpos disidentes. Los urbanistas de la modernidad incorporan un concepto androcéntrico de lo que es la gente. Hay que desmontar este pensamiento colonial, patriarcal. Es necesario incorporar la diversidad de sujetos, el multiculturalismo, escuchar la pluralidad de nuestras sociedades, sus voces. Tenemos un urbanismo que es de arriba para abajo, androcéntrico, patriarcal; omite sujetos y está transversalizado por el neoliberalismo, y entonces, cada día más, fracciona la ciudad en la ciudad rica y en la ciudad de los pobres, la ciudad de los que tienen todo y viven al mismísimo nivel de las grandes ciudades desarrolladas y ricas del mundo, mientras hay una mayoría de población —en mi país, Argentina, 44,6%— que vive bajo la línea de la pobreza.

Creo que el problema que existe ahora es que urbanismo feminista se confunde con la ciudad para las mujeres... LF

¡Eso ya es anacrónico!

No sé si tanto, por eso me gustó que hayas traído la modernidad. Porque las mujeres, infelizmente, hemos estado muy atrás en el campo de la arquitectura y hoy parecería que la liberación feminista contemporánea se asociara a la figura de la mujer y es peligroso que la concepción feminista se traslade en la construcción de ciudad, por ejemplo, como bancos para niños, y el asunto es mucho más complejo. LF

En nuestras instituciones académicas, que, claramente, son instituciones patriarcales, ¿cómo trabajar una trayectoria del urbanismo feminista que suponga una episteme, como decía Lucía, o una narrativa, como digo yo, una narrativa de conocimiento y teoría para el hacer del mundo al mismo nivel que las teorías modernas que consumimos? ¿Cómo no entrar por una puerta trasera como discurso de nicho, discurso esencializante o sectorializado? Creo que es así como alegremente en nuestra Facultad de Arquitectura, más tardíamente que en otros ámbitos de la Universidad, lo estamos permitiendo. Consolidar el discurso no sólo como conocimiento legítimo sino valioso, astuto, generador de argumentos y contraargumentos a partir de estudiar la cosa a la cual te oponés. Cómo cruzar eso con una construcción de conocimiento que no se centra en la academia, no tiene el ombligo allí. LG

Tengo un matiz con eso que decís. Pienso que nosotros dentro de la universidad tenemos la responsabilidad de permear el discurso académico y dar realmente la disputa teórica, la disputa conceptual. Esto es muy difícil porque estamos en un mundo en el que todas las personas, de distintas culturas, de alguna manera, estamos embebidas en el neoliberalismo. El neoliberalismo nos atraviesa porque es lo cotidiano de la vida. En esta sociedad del neoliberalismo, de la meritocracia,

en esta sociedad que pone el valor en lo icónico, sobre todo en nuestra profesión, en nuestra formación, yo les diría que, si da trabajo incorporar en nuestra profesión el tema de la producción social del hábitat, imaginen el trabajo que puede dar el tema del feminismo. Van a devaluarlo. Lo que vos decías, Lucía, que lo he vivido y lo sigo viviendo en distintos ámbitos, en el de mi facultad también, es una forma de devaluar lo que hacemos. Es lo mismo que pasa en otros ámbitos con el rol de las mujeres. Siempre está la amenaza latente porque esto hace parte de la construcción ideológica; esto es una forma de ver el mundo, de ubicarnos en el mundo. Es una concepción ideológica, no es otra cosa. Para trabajar en esto hay que convencer de que no se trata de algo contra los varones. Al revés, queremos trabajar con los varones democráticos, con los cuerpos disidentes democráticos —porque no lo son todos—. Tenemos que decir estas cosas con vehemencia, con fuerza, con garra. Estamos tratando de transformar algo que durante trescientos años ha sido la matriz con la cual se ha construido el pensamiento de la arquitectura del siglo XX en adelante, que es el que todavía aprendemos.

No queremos gineceos, ¡por favor!, ni siquiera estoy a favor de la casa para los viejos y las viejas. Les he hecho jurar a mis hijos y a sus mujeres que a mí no me van a poner en una casa de viejas. Quiero que estén los jóvenes, los adolescentes, junto con los viejos y las viejas, que pueden tener un rol maravilloso respecto del cuidado.

¿Cómo interpelamos las formas de hacer vivienda? Te doy otro ejemplo para el debate. No queremos más «vivienditas» sembradas en terrenos agrandando los territorios urbanos que, muchas veces, son territorios con viviendas sin ciudad. Desde el feminismo no queremos más eso. Desde el feminismo queremos viviendas colectivas, que pongan en valor lo colectivo, que tengan lugar para poner las bicicletas que propiciamos que se usen —porque si las dejás en la calle te las roban—, o que haya bicicletas municipales, es decir, soluciones colectivas por sobre lo individual. Estos tienen que ser los conceptos que tenemos que debatir.

Es interesante saber a quién te oponés. LF

Nos oponemos a la mirada de la arquitectura basada en los principios de la modernidad, que muchísimo aportaron —por favor, no lo neguemos: hubo aportes maravillosos tanto a escala de la vivienda como de la ciudad y del barrio—. Tenemos que ver los gradientes de los espacios. ¿Cómo son los espacios? ¿Por qué



tenemos que tener casitas con un tanque de agua en cada casa? ¡No! Esto es lo que estamos interpelando desde el feminismo. No estamos diciendo que queremos una ciudad para las mujeres sin hombres. Queremos propiciar una vida mejor para las mujeres que llevan una carga de tiempo impresionante por la vida productiva y reproductiva para que puedan compartir la vida, no ayudar, no tener un lugar subordinado. Hasta que en el urbanismo y en la arquitectura no dejemos de pensar en mundos y funciones en relación con la vida doméstica y con la vida productiva, no vamos a suturar esto en la sociedad. Necesitamos suturarla, necesitamos crear puentes para que nosotros, desde nuestra disciplina, podamos decir, hacer y dar.

Si cruzamos todo lo que venimos conversando con el tema de la gran crisis ambiental y climática, todo cobra más sentido. Por eso el ecofeminismo no es cuidar la naturaleza para las mujeres, es cuidar la naturaleza para la sociedad. El feminismo no es un tema de mujeres, es un tema de democracia, es un tema de varones y de mujeres con otras formas de mirar la vida.

Es una epistemología revolucionaria. LF

Hay que hablar de una nueva epistemología, de un nuevo paradigma en las relaciones, en los vínculos en el espacio, en los territorios, en las formas de habitar, en las formas de producir. Hay que mirar con otros ojos.

Esta semana tuvimos la oportunidad en nuestro Teatro Solís de tener la obra *Teoría King Kong*, basada en el texto de Virginie Despentes. Necesitamos una ciudad como esa, ver cómo kingkongeamos la ciudad, cómo hacemos para dejar de pensar en la mujer blanca de clase media, el hombre de tal y cual forma... LF

Por eso yo pregunto: ¿qué hacía la señora de esta casa en la que estamos? ¿Dónde estaba?

A finales de los noventa se dio aquí en Uruguay un debate sobre si tener prácticas contrainstitucionales o reinstituyentes. En buena medida, las mujeres que ganaron los primeros espacios en la Universidad, que hoy conforman el Centro de Estudios Interdisciplinarios Feministas (CEIFem), trabajaron por una institucionalidad otra. LG

Feminizar la política. Feminizar lo institucional. Tenemos herramientas: terminar con el piso pegajoso que sufrimos las mujeres, con el techo de cristal que persiste. Esas mujeres que hoy están en el CEIFem son historias de vida interesantes para conocer cómo avanzar. Creo que nosotras dimos una batalla, a algunas nos llamaron las «institucionalizadas». Nosotras veníamos de dictaduras y en la recuperación de la democracia estábamos apostando a la democracia desde el feminismo. Gina Vargas elaboró un concepto precioso: autonomías dialogantes. Queríamos tener autonomía, pero queríamos dialogar con las otras autonomías y con las instituciones. Después el tiempo nos dio la razón en una buena parte porque logramos legislaciones y logramos avanzar de muchas maneras para instalar en lo público nuestros derechos, pero no lo suficiente. No es sólo el Estado, como dice Rita Segato. Ella habla de la comunidad y de cómo trabajar desde otras entradas; cómo confluir y rupturar la idea del Estado patriarcal y maternalista. De qué manera construir fuerzas sociales que puedan entender y responder a las demandas que hacemos desde el feminismo. Las mujeres de los barrios de Córdoba con las que trabajamos dicen «somos diferentes, lo que no queremos es ser desiguales». Dentro del feminismo está bien que tengamos diferencias. Yo celebro las diferencias. Lo que no celebro es cuando las diferencias se transforman en un territorio casi bélico. Quiero que sean territorios del diálogo, del debate, de las disputas de ideas, porque eso nos hace crecer a todas.

Tenemos una reflexión de cierre que tiene que ver con las suturas, las costuras. ¿Cómo lograste coser todos los espacios y ámbitos de distinta naturaleza —académicos, institucionales, militantes, políticos, en organismos internacionales, por nombrar algunos— en los que estás o has estado? LF

Creo que porque siempre estuve en el movimiento. Siempre consulté, trabajé con mis amigas, compañeras de la vida política. Cuando era militante en mi país, antes del feminismo, fue lo colectivo; vuelvo a lo colectivo. Cuando milité en todo el proceso hacia Beijing desde mi exilio y al retorno de él, también fue lo colectivo. Si bien al comienzo estaba bastante sola en el tema, rápidamente pude armar grupos para construir reflexiones. Fuimos construyendo un pensamiento. Cuando me llamaron para Naciones Unidas lo primero que hice fue consultar a mis amigas feministas —algunas uruguayas—, que me dijeron que tenía que ir. Una vez que estuve ahí rompí muchas cosas y por eso pude hacer; las rupturé desde mis convicciones. Te diría que tenés que creer en lo que hacés, tener pasión por lo que hacés y hacerlo en colectivo. No se crean que ha sido un lecho de rosas. En los ochenta me fui a vivir a Córdoba —yo soy tucumana— y gané un concurso en la universidad. Yo era mujer, muy jovencita y feminista y quedé adjunta de taller de arquitectura... Fue difícil. Entré al CONICET en el año ochenta y seis y entré con investigaciones sobre mujer y vivienda... la he peleado mucho. Siempre le digo a Inés Moisset que supongo que fui la primera que hizo investigaciones de mujer y género en el CONICET en nuestra disciplina. Me miraban raro, incluso las propias feministas. Me entendieron después. Hay que consolidar argumentos; investigar, tener datos. Y recuperar experiencias como la de Charna Furman

◆◆◆



LUCÍA FERNÁNDEZ

Magíster en Arquitectura por la École Nationale Supérieure de Grenoble (2010), magíster en Filosofía por la Université Lyon 3 (2011) e investigadora afiliada en el Departamento de Estudios Urbanos del Massachusetts Institute of Technology (2011-2013). Actualmente es doctoranda en Arquitectura (FADU-Udelar). Docente asistente del Departamento de Resiliencia y Sustentabilidad del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IETU, FADU-Udelar). Es docente ayudante del IETU, donde participa en el Núcleo de Aguas

Urbanas, y cocoordinadora del Observatorio de Conflictos Territoriales. Fue asistente académica con tareas vinculadas al fortalecimiento de la extensión universitaria y el relacionamiento con el medio. Es consultora para la red internacional WIEGO, especializada en planeación y proyectos de gestión inclusiva de residuos sólidos urbanos en coordinación con organizaciones de recicladores de África, Asia y América Latina, con quienes trabaja y aprende desde hace veinte años.

LORENA LOGIURATTO

Arquitecta (Udelar, 2013). Maestría en Ordenamiento Territorial y Desarrollo Urbano (FADU-Udelar, en curso). Profesora adjunta del Taller Velázquez, del Instituto de Estudios Territoriales y Urbanos y de la cátedra de Teoría del Urbanismo y curso derivado Ciudad, Política y Sociedad. Enfoca su interés en temáticas diversas referidas a la arquitectura, lo urbano y el territorio, sus procesos de construcción histórico, cultural, y dimensiones contemporáneas de análisis emergentes

relativas a las desigualdades, los comunes, la interdependencia y el cuidado. Desde el rol docente ha participado en actividades de investigación y extensión vinculadas con las temáticas de interés. Ha publicado textos abordando críticamente las trayectorias de la construcción disciplinar en el ámbito nacional y tópicos emergentes en el territorio y la ciudad contemporánea de cara a su comprensión y transformación.

entrevistas